

EL TESORO DE ROCÍO

A Rocío le encanta pasear con Zari cuando va a visitar a sus abuelos. La perra no vive con Rocío, pero cuando la ve llegar se pone a ladrar como loca y se tira al suelo boca arriba, esperando que la niña le haga unas cuantas cosquillas. Después, se pasan todo el día juntas explorando y jugando por el enorme campo de sus abuelos. A veces se olvidan de comer y tienen que ir a buscarlas y traerlas de vuelta a la casa.

Cuando las naranjas están maduras Rocío coge alguna que esté a su alcance y se la lanza a Zari como si fuera una pelota. Y si no hay naranjas en los árboles no pasa nada, Zari, que es una perra muy lista, busca un palo para que Rocío se lo lance y entonces sale disparada a buscarlo.

A veces se acercan a la colmena que su abuelo tiene en el extremo del campo y se dedican a espiar a las abejas. Pero desde lejos, claro. Zari ya ha aprendido a no acercarse a un panal de abejas. La primera vez que intentó olisquear la colmena, la pobre salió huyendo con varias picaduras. Zari es una perra muy espabilada pero aún debe aprender mucho. Tiene un año y medio y eso para los perros es como ser un niño todavía.

El olfato de Zari es mucho mejor que el de cualquier persona. En ocasiones, cuando Rocío y ella están jugando o explorando, de repente se queda quieta con el hocico pegado al suelo y la cola tiesa. Rocío ya sabe que ha oído algún animal y le dice a Zari en voz bajita que lo busque. La perra avanza

sigilosamente oliendo el terreno y Rocío la sigue intentando no hacer ruido. A menudo descubren algún conejo o algún erizo intentando comerse las verduras que su abuelo tiene plantadas. La niña entonces grita de emoción al verlo y el animal se asusta y huye. Zari se pregunta en esos casos por qué los humanos son tan ruidosos. Así nunca van a cazar un animal...

El pasado sábado Rocío y Zari estaban jugando en el campo. Su abuelo había arado una pequeña zona para poder plantar sandías. A ella le encantan, claro. Las sandías de su abuelo están riquísimas y la mamá de Rocío le corta un trozo o dos todos los días de verano. Refrescantes, jugosas, dulces, fresquitas... ¿qué más se puede pedir cuando hace calor?

Mientras jugaban en el trozo de campo recién arado, Zari se quedó tiesa olisqueando el suelo.

<<Seguro que ha olido un conejo>> pensó Rocío.

—Busca Zari, busca —susurró la niña en voz muy bajita. La perra avanzó unos metros y se paró con la mirada fija en el suelo. Rocío supuso que había descubierto un topo. Estos animalitos viven bajo tierra y se mueven haciendo largos agujeros bajo el campo. Como a Rocío, a los topos también les encantan las sandías del abuelo y a veces se comen alguna. Cuando la niña miró donde Zari señalaba no vio ningún topo, ni siquiera un túnel o madriguera.

—¿Qué habrá olido Zari? —se preguntó ella.

—Zari, tienes que aprender a hablar como las personas. Yo no sé qué estás oliendo y no veo nada.

La perrita no sabe hablar, pero es muy lista y entiende a las personas que conoce. Como vio a Rocío sin saber qué hacer, se puso a escarbar en el suelo. Después de hacer un pequeño agujero se apartó y empezó a ladrar. En el idioma de los perros le decía a su amiga: ¡ya he terminado, ahora te toca a ti!

Rocío se agachó y vio un pequeño recipiente de cerámica que asomaba entre la tierra.

—¡Zari, has encontrado un tesoro!

La niña lo terminó de desenterrar, quitó la tapa del recipiente y vio algo brillante en su interior. Lo volcó un poco y varias monedas aparecieron en su mano.

—¡Un tesoro pirata! ¡Toma ya, hemos encontrado un tesoro pirata! ¡Y sin tener un mapa!

Rocío abrazó a Zari.

—¡Qué perra tan lista eres! ¡De mayores vamos a ser buscadoras de tesoros!

—¡Papá, papá, hemos encontrado un tesoro pirata! —gritaba Rocío mientras volvían corriendo a la casa.

—Muy bien hija, ¡qué imaginación tienes! —dijo su padre sin levantar la vista del periódico.

Después fue a contárselo a su abuelo.

—Un tesoro pirata, abuelo, ¿me lo puedo quedar?

—Claro pequeña, todos los tesoros que encuentres en el campo puedes llevártelos a casa —dijo su abuelo mientras cerraba los ojos para dormir la siesta en el sofá.

—¡Mamá, mamá he encontrado un tesoro pirata!

—¡Vaya, qué suerte! Pues el lunes lo llevas a clase y se lo enseñas a los amiguitos. Seguro que les gusta —dijo su madre mientras intentaba ver su serie favorita en la televisión de la cocina.

Como su abuelo le había dicho que podía quedárselo, metió el tesoro en la mochila con los juguetes que había traído de su casa.

El lunes siguiente enseñó las monedas a sus amigos de clase. Todos le pidieron una pues eran muy brillantes y extrañas.

Después del recreo se las enseñó a Kyra, su profesora.

—¡Qué bonitas Rocío!, ¿qué son?

—Es un tesoro pirata. Lo descubrió Zari, la perra de mi abuelo, en su campo. Excavó un poco de tierra y lo encontró. Estaba escondido bajo el suelo.

Kyra la escuchó atentamente y vio una de las monedas. Un señor con una toga y una corona de laurel en la cabeza por una cara y una inscripción en latín en la otra. Kyra llamo a David, el profesor de historia de secundaria, y le enseñó la moneda.

David pidió prestada la moneda a Rocío. Se la iba a enseñar a un profesor de la Universidad que era experto en tesoros antiguos. Le dijo a Rocío que guardara bien su descubrimiento.

Por la tarde la madre de Rocío recibió un mensaje de Kyra. Le explicó que la niña le había enseñado el tesoro que había descubierto y le pedía que lo guardase en casa y no lo trajese a clase. Así no se perdería.

La madre de Rocío se rio del mensaje pensando que era una gracia de Kyra. La profesora a veces gastaba esa clase de bromas a los papis con las ocurrencias de sus alumnos.

Cuando por la noche apareció la policía en su casa se dio cuenta de que no era ninguna broma. ¡El tesoro era de verdad! Rocío había encontrado un puñado de monedas romanas muy antiguas.

Dos días después la noticia salió en el periódico:

ENCUENTRAN TESORO DE MONEDAS DE ORO DE ÉPOCA ROMANA

El pasado fin de semana, una niña de 6 años de nombre Rocío M. R. y su perra Zari encontraron una vasija con 40 monedas de oro de tiempos del Imperio Romano. La vasija se encontraba enterrada en el suelo y fue el excelente olfato de la perra el que las descubrió. Las monedas, acuñadas durante el reinado del Emperador Augusto tienen 2.000 años de antigüedad y se encuentran en muy buenas condiciones de conservación. El director del Museo Arqueológico, Pedro Marín, afirmó que éste era un hallazgo extraordinario, por el excepcional estado de conservación de las monedas y por el tamaño y la manufactura de cada una, hechas de oro de gran calidad. Las monedas serán expuestas tras su catalogación en el Museo Arqueológico de la ciudad para que puedan contemplarlas todos los que lo visiten.

Rocío recibió una placa del alcalde en agradecimiento como descubridora del tesoro. Zari recibió otra también. La suya tenía forma de hueso. A Zari no le hizo mucha gracia su placa. ¡Ese hueso no se podía morder! Los humanos a veces hacen cosas muy raras...

También les dieron un montón de dinero de verdad como recompensa por el tesoro encontrado.

Después de la celebración Rocío le dio un gran abrazo a Zari.

—Zari, ahora ya somos oficialmente verdaderas buscadoras de tesoros.

La perrita estaba muy contenta de ver tan alegre a su amiga e intentaba lamerle la cara. Era su forma de decirle a Rocío que le encantaba su abrazo. Aunque pensaba que la próxima vez le gustaría desenterrar un enorme hueso. Ese sí que sería un auténtico tesoro.

FIN